

CAPÍTULO XLV. *De fray Alonso Rengel, quinto ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio*



RAY ALONSO RENDEL, DE LA PROVINCIA DE SANTIAGO, vino en compañía del venerable padre fray Antonio de Ciudad Rodrigo, juntamente con fray Juan de San Francisco, el año de 1529. Era hombre de buena habilidad y suficiencia de letras, y sobre todo muy ejemplar y grande obrero en la conversión de los indios. Y como lo que más le daba cuidado a este siervo de Dios era la salvación de las almas de estas gentes, que entonces había muchas por convertir y puestas en la servidumbre del demonio, aprendió en breve tiempo las dos lenguas más generales de esta Nueva España; es a saber, mexicana y otomí, para aprovechar en ellas a los que las hablaban, y las puso en arte, particularmente la mexicana, de la cual hizo arte muy perfecta y sirvió muchos años a los que la aprendieron; y en la misma lengua compuso sermones muy buenos de todo el año. En la otomí, fue el primero que la alcanzó a saber, aunque es bárbara y muy dificultosa, y el primero también que en ella predicó la palabra de Dios, y su Evangelio, en las provincias de Xilotepec y Tula, que eran las más populosas de indios otomíes, y en sus comarcas, donde convirtió innumerables gentes a la fe de nuestro Señor Jesucristo, y las bautizó y destruyó todos los ídolos de aquellas provincias con sus templos y altares, con mucho riesgo de su vida. Porque los sacerdotes y ministros de ellos, no pudiendo llevar en paciencia, que tan abarriaco y de tropel les quemasen sus dioses, y a ellos los privasen de sus antiguas prevendas, trataron muchas veces de matarlo, como también lo sentían los que el demonio tenía en el mundo, en tiempo de los apóstoles en la primitiva iglesia, los cuales ayudados de la persuasión y rabia del demonio, eran poderosos para hacerlos matar, y ellos mismos les procuraban la muerte; y así lo quisieron hacer estos otomíes, y en dos partes lo quisieron poner por obra. La primera vez, junto a un cerro de un pueblo llamado Chiapa, y la otra cerca de otro, que se dice Tepetitlan. Mas el Señor, cuya obra hacía, lo libró de sus asechanzas, porque la vida de este su siervo era necesaria para la salvación de muchas almas, y también porque entendiesen aquellos ciegos ministros del infierno, que el Dios a quien servía este apostólico varón, era el todo poderoso; pues aunque querían ellos matarlo no podían, y lo libraba de sus manos, como en otro tiempo al profeta Elías de las de la reina Jezabel,<sup>1</sup> quando le mató sus profetas y derribó su altar, y destruyó su sacrificio, porque el demonio, que la traía ciega en la idolatría, le ponía ánimo para que vengase la afrenta hecha a sus ministros y servicio, aunque en nada pudo nada.

Dicen hoy día los viejos de aquel tiempo, naturales de Tula, que la causa porque recibieron entonces la predicación de tan buena gana de este siervo

<sup>1</sup> 3. Reg. 18.

de Dios y de sus compañeros, y los oían y obedecían, era principalmente por la pobreza voluntaria y paciencia que en ellos veían. Y que otras dos cosas les cuadraron mucho de la nueva religión, las cuales hicieron mucho al caso, para que ellos diesen más crédito a la predicación evangélica; la una era ver que la ley de Dios y sus divinas palabras se predicaban, proponían y declaraban públicamente a todo el pueblo, y se pretendía satisfacer a todos de aquellas verdades, lo cual no hacían los ministros de sus ídolos, porque nunca daban razón al pueblo de las cosas de su religión, antes querían que todo les fuese encubierto, salvo lo que ellos les querían decir y mandar para el culto y adoración de los demonios, y para los propios provechos de ellos mismos. La otra era el ornato, limpieza y buena compostura, con que los sacerdotes cristianos y ministros del Santo Evangelio celebraban los oficios divinos, lo que los otros de los ídolos hacían al contrario, porque se tiznaban y ponían en sus rostros máscaras feas para sus diabólicos ritos y usaban de cantos y músicas infernales, y de otras cosas que ponían espanto. Era este bendito varón amigo de su profesión y observancia, austero y penitente, y sobre todo celosísimo de la salud espiritual de las almas; y así trabajó con los indios hasta el fin de su vida, con mucho ejemplo y santidad. Fue también muy ejercitado en la humildad y mortificación y cuando pasaba a estas partes, estando en el convento de San Lúcar, entró una vez en el refitorio, desnudo, azotándose; y lo mismo hizo acá en el convento de Mexico, de lo cual fue muy reprehendido como él lo deseaba, y así lo sufría con mucha alegría. Ejercitó muchas veces el oficio de guardián y del convento de Tula lo fue dos o tres veces, donde (según dan testimonio los naturales) trabajó grandemente en predicar y doctrinarlos, y en hacerles la iglesia que ahora tienen sumptuosa, porque él fue el que la comenzó. También fue quinto ministro provincial de esta provincia del Santo Evangelio el año de 1546; yendo a un capítulo general de Asís, con negocios graves de esta tierra, murió en la mar, la muerte de los siervos de Dios que mueren bienaventuradamente por el celo de su honra.

CAPÍTULO XLVI. *Que trata de el venerable padre fray Bernardino de Sahagún*



RAY BERNARDINO DE SAHAGÚN, NATURAL del mismo pueblo de Sahagún, siendo estudiante en Salamanca, tomó el hábito de religión en el convento de San Francisco de aquella ciudad, y enseñado bastantemente en las cosas divinas, pasó a esta Nueva España, con fray Antonio de Ciudad-Rodrigo, el año de 1529, juntamente con los arriba nombrados, que en aquellos tiempos eran todos escogidos varones y venían con espíritu de verdaderos apóstoles. Era este religioso varón de muy buena persona y rostro, por lo cual, cuando mozo, lo escondían los religiosos